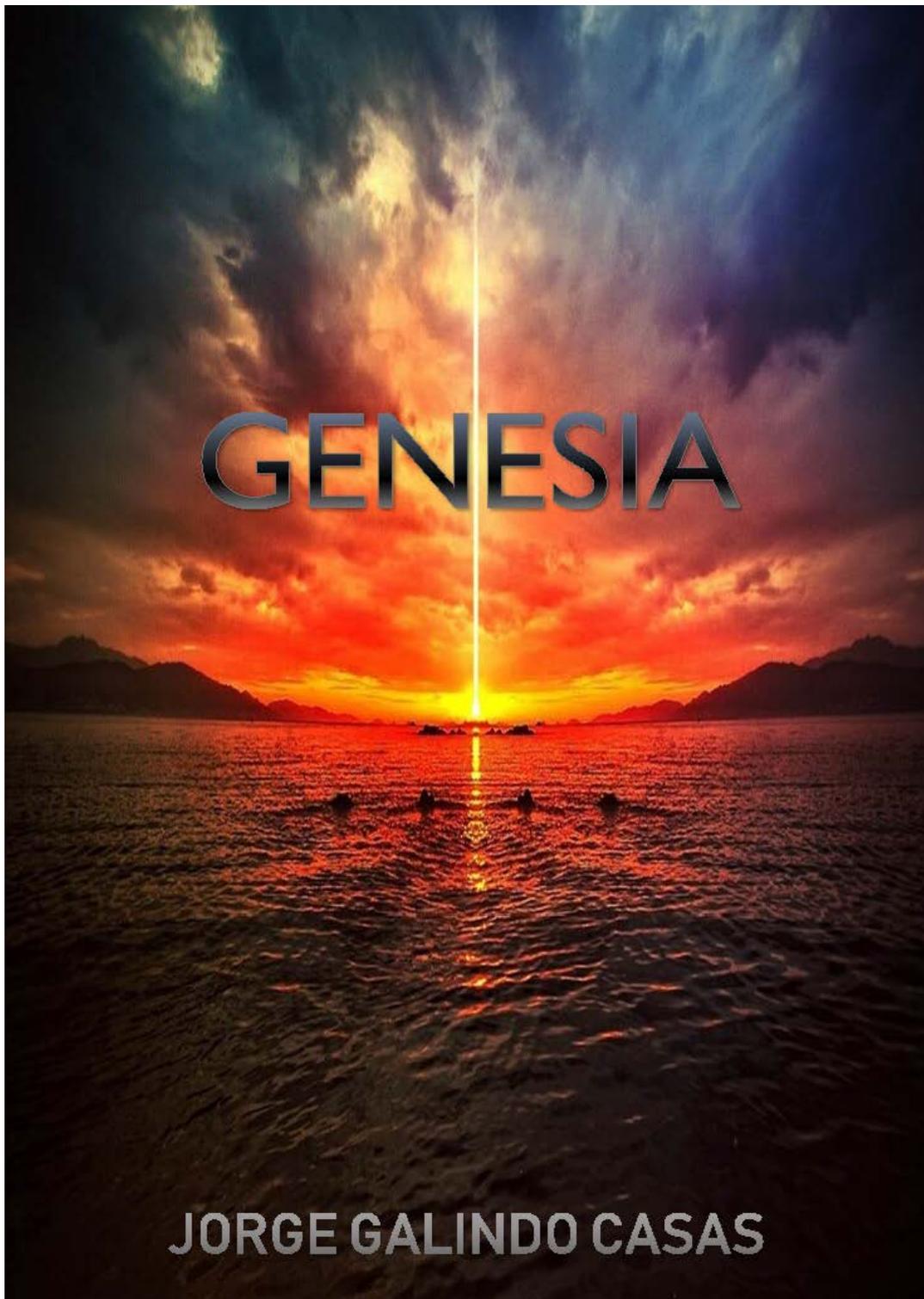


Genesisia

Jorge Galindo Casas



Capítulo 1

La sentencia era absoluta e inapelable. No podía ser de otra forma, dada su procedencia. Todo estaba por terminar, el principio del fin había comenzado.

Y no pretendía ser ningún secreto. Como si de la información más básica y esencial se tratase, al igual que aquella que viene de serie con nuestros cerebros: el comer, reproducirse o no morir. Surgió lo que se podría definir como un instinto más. Sería algo más complejo, pero determinable como un apéndice minúsculo en el cerebro, hasta ahora fuera de funcionamiento, el cual mandaría una señal interna a la cabeza particular de todo ser vivo. Avisándoles de aquello que, aún sin saberlo, más debían temer.

La inesperada epifanía que sufrió cada sujeto sobre la faz de la Tierra pilló a Juan en uno de aquellos momentos autorreflexivos. En un solitario pero cuidado parque, de una poco poblada ciudad de A Coruña, en la disfrutable España. Con un sándwich de mortadela a medio comer entre las manos y una manzana en el regazo, sin nadie a la vista, acababa de llegar a la conclusión de que el ingrediente más trascendental si se quería hacer un buen sándwich, eran unas bien medidas rodajas de tomate.

La visión alcanzó su mente sin previo aviso ni tiempo para prepararse, explicándole inmisericorde la razón de su incursión, abarcándolo todo, sin dejar espacio para el más mínimo pensamiento lúcido. Hasta doblegar su cuerpo, contorsionado por un dolor del que ni siquiera podía ser consciente. Aún pudo mantenerse sentado, pero con su cabeza casi tocando las rodillas y los pies retorciéndose lastimeramente, acariciando la cara interior del banco en el que se encontraba.

Una vez se volvió a incorporar lentamente en el asiento, era el turno de la preocupación. Al hacer su aparición, esta tuvo que pelear primero con el más básico sentido común del que disponía Juan. La lógica achacaba lo ocurrido a su horario, con demasiadas horas de estudio y demasiado pocas horas de sueño. Nunca había llevado sus estudios al día y, cuando se aproximaban exámenes, como era el caso, se veía obligado a sacrificar su bienestar si quería tener tiempo suficiente. Creía estar ya acostumbrado, ya que lo hizo multitud de veces en el bachiller y se mantuvo en un estado casi paramilitar al final del primer cuatrimestre de la carrera. Sumando que quizás tampoco había cuidado su alimentación lo suficiente, estas razones fueron suficientes para relajarse un poco, aún con un sombrío presentimiento del que no podía liberarse.

Para el resto de gente que no había tenido la suerte de encontrarse solo, la experiencia vino acompañada de aún más desconcierto. El ver cómo hasta la última persona que te rodea, especialmente en los hoy en día

habituales abarrotamientos de personal que poblaban las calles en las grandes urbes, sufría esa horrible visión, provocó más confusión, convertida al instante en peligroso pavor. Impulsando a cada individuo a refugiarse en lugar seguro, sin importar a quién te llevaras por delante.

Además, fruto de su contracción involuntaria, había empujado fuera del banco la manzana que con tanta insistencia su madre le convenció de llevar. Los desdichados acontecimientos se acumulaban inmisericordes, adiós a su intento de empezar una vida sana. Nunca le había preocupado mucho, gracias a que la genética se había comportado excepcionalmente bien con él en muchos aspectos.

Desde que podía recordar había disfrutado de un cuerpo que cumplía notablemente los cánones de belleza actuales. Sin hacer apenas deporte e, incluso, llevando una descuidada dieta a base de no comer en exceso, pero sin privarse de nada, tenía un cuerpo delgado y fibroso que la mayoría hubiera tenido que pulir a base de esfuerzo y sacrificio.

Esto, sumado a unas bonitas facciones heredadas de su madre y una estatura algo por encima de la media, hacían que Juan estuviera orgulloso de su físico. Acababa de llegar a la conclusión de que esto le había hecho descuidado. Si con solo dieciocho años tenía estos ataques tan raros, algo por dentro no debía estar funcionando como debería. Tenía que empezar a cuidarse.

No podía empezar con esa manzana, se había quedado demasiado sucia como para intentar frotarla con algo y darle un mordisco sin arriesgarte a comer una buena cantidad de tierra del parque. Así que una vez hubo dado buena cuenta de su sándwich, comenzó su regreso a la biblioteca. Arrojando la manzana en la papelera más cercana.

Hizo una breve parada en el baño, que resultó sorprendentemente infructuosa, y más teniendo en cuenta que se trataba de aguas menores, nunca había tenido problemas con sus micciones, y ya sería mala suerte empezar a tenerlas tan joven.

Le pareció raro no ver a nadie según volvía, siendo jueves por la mañana. En esa zona, tan cercana a la facultad, no era raro encontrarse estudiantes yendo de un lado a otro, o un grupo de ellos charlando amigablemente. Mucho más anómalo, sin embargo, fue encontrarse la sala de estudio vacía. Al abandonarla para almorzar se encontraba moderadamente llena, y siendo aún mediodía se solía mantener así hasta la hora de comer.

Su cabeza ya estaba volviendo a maquinando explicaciones razonables para todo esto cuando, en un casi periódico e instintivo gesto del siglo

veintiuno, sacó el móvil, sin planteárselo.

Una densa bola de terror, la cual ya se estaba gestando desde hace rato, se hizo un hueco importante en su estómago cuando vio la cantidad de notificaciones y llamadas que tenía en el móvil. Algo tenía que haber pasado, y le costó atreverse a desbloquear el móvil para, efectivamente, confirmar su pesadillesca intuición, que ya le había dicho lo que pasaba hace veinte minutos.

Todas sus aplicaciones parecían haberse puesto de acuerdo para llenar su móvil de confusos mensajes, acumulándose inadvertidamente, ya que además se olvidó de quitar el modo silencio al salir de la biblioteca. La marabunta de notificaciones le dificultó poder dirigirse directamente a lo realmente importante, su familia.

Su madre le había llamado ya siete veces, más multitud de mensajes apremiándole para que volviera a casa. Desde ese momento para Juan todo se volvió denso e irreal. Recogió lentamente sus cosas y las metió en la mochila. Sin preocuparse de no doblar sus apuntes o de no dañar sus nuevos, y moderadamente caros, auriculares.

Recogidas todas sus cosas, pudo apartarse de la molesta luz que siempre acosaba su sitio en la biblioteca a esa hora del día. Comenzó su camino a casa dándose cuenta de que lo primero que tendría que haber hecho es llamar a su preocupada madre, y así lo hizo mientras salía por la solitaria puerta principal, habitualmente acompañada de locuaces grupos de estudiantes.

Su teléfono estaba comunicando, por lo que seguramente estaría hablando con Papá, o con Santiago, su hermano menor. Así que se metió el móvil en el bolsillo y se decidió a esperar los diez minutos de camino hasta casa sin darle más vueltas hasta llegar allí, ya que además se estaba empezando a encontrar un poco mareado.

Si alguien lúcido hubiera echado un ojo a la calle por la que transitaba Juan. Probablemente hubiera pensado que se trataba de un pueblo cuyas fiestas acababan de darse por terminadas, y de cuyos alegres verbeneros solo quedaban tristes sujetos con un fuerte contenido de alcohol en sangre, volviendo a sus casas tambaleándose y zigzagueando involuntariamente. Algunos incluso quedándose recostados donde podían, dando por imposible su regreso hasta que se dieran las condiciones propicias.

Juan no fue consciente de esto, era uno más de esos transeúntes. Más como animales con vista de túnel, siguiendo la orden de continuar caminando sin prestar atención a nada.

Le dio la sensación de que el camino se le había pasado muy rápido, pero no le dio más importancia. Ni siquiera se dio cuenta del anciano que estaba intentando levantarse del suelo, a pesar de haber pasado a escasos dos metros de él. Estaba bajo el umbral de su portal, intentando encontrar las llaves, le estaba costando más de lo habitual acordarse de que siempre las llevaba en el bolsillo derecho. Mientras subía en el ascensor y serenaba su mente se planteaba si seguramente había pillado un resfriado. << ¡Qué inoportuno!>> pensó al llegar a su rellano.

Su preocupación por su familia iba en aumento según se acercaba a abrir la puerta de su casa, y ya se había convertido en ansia al llegar a ella.

—¡Mamá!, ¡Papá!, ¡Santi! —gritó nada más entrar.

Su madre surgió frenética del salón, corriendo a abrazarle. Estaba temblando. Y, lo que es peor, estaba sola.

—Mamá, no pasa nada, ya estoy aquí, tranquila ¿Dónde están Papá y Santi?

El atropello de palabras surgió milisegundos después de terminar de hablar Juan.

—Ay, cariño, pero que angustia he pasado. Lo dicen en todos los sitios, el mundo se acaba. No es verdad, no puede ser... Debe ser un tremendo caso de psicosis colectiva, ¿verdad cariño? Debe ser eso, qué otra cosa podría ser si no. —Claro, debe ser eso mamá, seguro. —dijo con voz tranquilizadora — Pero ¿Me podrías decir dónde están Papá y Santiago?

Producto del estrés por el que había pasado, esperando impotente la llegada de su familia, su madre estaba ahora tocándole con nervios el abrigo, mientras se lo miraba, aparentemente comprobando algo que a él se le escapaba.

—Ninguno me habéis cogido el teléfono, que mal lo he pasado. Lo de tu padre tiene un pase, lo primero que hizo fue coger el coche y venir a casa lo más rápido posible desde la oficina, así que me mandó un mensaje. — Hablaba rápido y con voz temblorosa, pero había hecho una pausa para enfatizar lo siguiente — Santiago ha sufrido una insolación en el descanso del instituto, se lo he dicho a tu padre y ha ido a buscarlo.

Su madre no solía comportarse como una persona que se dejara llevar, esa actitud descolocó un poco a Juan, y desde luego sus miedos e inseguridades agradecían poder alimentarse de aún más cosas.

Cerró los ojos un momento y, recuperando su acostumbrada compostura,

dijo:

—Por cierto, cariño, tienes la cremallera de la bragueta y la mochila abiertas. Mira que no te hayan robado.

Eso ya cuadraba más con su madre. Él se consideraba una persona más o menos atenta, no le solían pasar esas cosas. Además, al mirar en la mochila, tenía todo estrujado, y casi podía jurar que le faltaban apuntes.

La madre de Juan era alta y guapa, de pelo negro azabache. Más joven que la mayoría hoy en día para haber tenido ya dos hijos. Con unos bien llevados 38 años, siempre ha llevado una filosofía de vida de disfrutar, y llevar el menor número, dentro de lo razonable, de normas y preocupaciones que su vida le ha permitido. No es que fuera una persona irresponsable, solo que le gustaba vivir el momento y relativizar las cosas para llevarlas mejor.

Esta forma de pensar ha repercutido en el grado de libertades de las que los hermanos han disfrutado. Pero no se consideraba un malcriado, simplemente había gozado de cierta libertad de pensamiento y actuación que, él al menos, creía que había repercutido positivamente en su forma de ver las cosas y su iniciativa. Estaba orgulloso de su madre, aunque precisamente por todo esto le preocupaba que se tomara tan en serio algo que ni él sabía muy bien lo que era.

Fue a su habitación para dejar rápidamente su mochila, se dio cuenta al entrar de que había un bulto fuera de lo habitual en la esquina, que no identificaba por la falta de iluminación. Se acercó y, antes de que pudiera verlo, pudo oír un gruñido de perro que delató al intruso.

Era el perro de su hermano. Eran inseparables, aunque todos le cuidaban y se llevaban bien con él, su hermano siempre había querido uno. Desde que al fin sus padres le dejaron tenerlo, hace casi un año, le había dado tanto cariño y atención que irremediablemente se volvió recíproco.

Nunca le había gruñido, no tenían una relación estelar ni nada parecido, pero solía tumbarse boca arriba para que se le rascara como presentación, eso era lo habitual.

No le dio más vueltas, otra cosa más al carro de las singularidades.

Al ver a su madre pensó que si también le gruñía se pegaría una ducha. Mientras se sentaba junto a ella en el sofá del salón, su madre encendió la televisión.

—Vamos a ver si dicen algo de este sinsentido.

Hasta ahora siempre se había burlado de cómo en las películas, nada más encender la televisión, siempre aparecían hablando presentadores sobre la causa exacta por la que la habían encendido. Pecando de incoherencia, poco le sorprendió que fuera exactamente lo que pasó, dadas las extrañas circunstancias. La chica tan guapa que siempre estaba en los informativos de la hora de comer había aparecido tres horas antes, solo para imitar a los presentadores de películas y sus oportunas apariciones.

—El gobierno ha mandado un mensaje de tranquilidad. En una improvisada rueda de prensa, en la que el ministro del Interior ha llamado a la calma y pide no dejarse llevar por impulsos irracionales que, según ha dicho, solo empeorará una situación de desconcierto, la cual, puntualizó, no tiene ningún fundamento ni razón de ser.

>>Por otro lado, el número de incidentes, sobre todo de vehículos, está llegando a cifras mucho mayores a las acostumbradas, y se pide a los ciudadanos extremar la precaución y permanecer en casa hasta que se normalice la situación y se sepa más de la causa del suceso.

>>Parece ser que tenemos un informe preliminar del Colegio de Psicólogos, dando a entender que este fenómeno es, presumiblemente, una brutal enfermedad psicogénica de masas, cuyo origen y razón de su basta expansión aún se desconocen, pero informan de que tienen teorías que compartirán con nosotros en unos instantes, en exclusiva...

Esto había tranquilizado a su madre, ya que había dejado de temblar disimuladamente y ahora estaba mirando el móvil.

—Ya están llegando, dice que está entrando en el garaje, menos mal. Parece que ha tenido que apartar a un señor de la entrada porque no se movía, aunque le gritara. —leyó lentamente de su móvil. — Qué raro, a la gente le deja de funcionar el cerebro a la mínima.

Le surgió curiosidad y fue a comprobarlo.

Pues sí, ahí estaba. Un señor de unos sesenta años, o eso estimaba, por lo que se podía apreciar desde el plano cenital que le proporcionaba el balcón de su tercer piso. No podía ver qué estaba mirando exactamente, pero en la dirección a la que apuntaba su cara no había nada que, a priori, justificase el quedarse quieto, embobado, y con los brazos en jarras, sin dejar pasar a los coches siquiera.

Cuando terminó de cerciorarse de que, efectivamente, la actitud de ese hombre le parecía injustificada, y que le preocupaba un poquito, se oyó el sonido de las llaves y la puerta abriéndose.

Manuel, su padre, entraba empujando la puerta con un hombro, mientras prestaba el otro para que su hijo menor lo usara de apoyo. La imagen

hubiera sido curiosa para un observador ajeno a esa familia, porque eran muy parecidos. Siempre ha sido muy comentado entre amigos y familiares, eran dos versiones casi iguales, solo que el padre era bastante más bajo y gordo. Rubios los dos, Santiago era más alto de lo habitual para su edad, no mucho más, mientras que el padre era un poco más pequeño que la media. Ninguno era especialmente guapo. No se sentía orgulloso, pero la parte menos empática de Juan siempre se alegraba de haber salido ochenta por ciento mamá.

Su padre era psicólogo, justo lo que él había empezado a estudiar hace apenas medio año, y como no podía ser de otra manera también estaba orgulloso de él. Había conseguido una plaza de Psicólogo interno residente en el hospital de la ciudad, razón principal por la que residían allí desde que Juan todavía usara aquellos gruesos y acolchados calzoncillos, con los que te podías aliviar encima sin ningún remordimiento.

Lo que le daba un poco de rabia con respecto a su padre era que, al contrario que mamá, se dejaba llevar emocionalmente más de lo que correspondería a alguien que ha estudiado tanto el comportamiento de la mente humana. No tildaría a su padre de poco profesional, aunque ya había intentado entablar conversaciones con él sobre conceptos psicológicos que le habían llamado la atención en clase, pero que su padre no conocía, ni tampoco le suscitaban casi ningún interés. Le daba la sensación de que se guiaba en su trabajo de manera mecánica, sin poner de su parte lo que le corresponde a un trabajador de la salud. Y esto, al menos especulaba Juan, se demostraba en su propia personalidad y en cómo a veces no podía controlarse ni a él mismo.

—¿Estáis todos bien? — preguntó su padre nada más entrar, con un tono más alto y menos seguro de lo habitual.

Mamá fue corriendo a abrazarlos y cubrirlos de besos.

—Sí cariño, ya estamos todos.

Juan todavía estaba cerrando la terraza del salón para seguidamente ir a recibirlos, pero ya estaban entrando en el salón, dirigiéndose al sofá. Su hermano fue depositado horizontalmente con cuidado en el mismo. No parecía que se hubiera recuperado totalmente, a pesar de que estaba consciente y de que sus rasgos faciales aparentaban normalidad, exceptuando quizás una mirada un tanto perdida. Sus padres se sentaron en los bonitos sillones de colores que, desde que podía recordar, custodiaban al sofá desde sus extremos.

Todos enfrente de la tele, con Juan de pie, se planteó ir a por una silla, pero no le importaba, no estaba cansado. Hubo una extraña pausa con todos callados, como reflexionando sobre la situación, seguramente cavilando una frase que quitara peso al asunto. Su padre ya la había

decidido.

—Pongamos la tele a ver qué dicen de todo esto.

No hubo lugar a réplica. Con su último fonema había pulsado el botón de encender.

La misma presentadora estaba ahora reducida en la esquina superior izquierda de la pantalla, mientras un periodista de pelo blanco sostenía el micrófono frente a un señor que hablaba en inglés. El rótulo de la parte inferior de la pantalla rezaba 'Centro de Control y Prevención de Enfermedades, Georgia, E.E.U.U'.

Unos inexactos subtítulos iban apareciendo según hablaba el norteamericano, escritos encima del rótulo.

—Estamos contentos de poder explicar, por fin, a la población, que nada de esto tiene orígenes sobrenaturales, y nos gustaría alentar a la gente a, por favor, dejar de intentar convencer, ya sea por redes sociales o mediante proselitismo en las calles, de ideas apocalípticas sin sentido, ya que esto puede provocar un gran impacto en las personas más vulnerables y desinformadas que solo llevará al caos y la confusión.

>>Desde nuestro centro hemos llegado a la conclusión, en una maniobra conjunta apoyada por multitud de investigadores, de una gran cantidad de nacionalidades, de que se trata de una enfermedad casi con toda seguridad bacteriológica. Con efectos alucinógenos esencialmente producidos por la exposición a la radiación solar. Podemos afirmar que estos efectos serán transitorios, y que, en poco tiempo, tendremos más información de lo que parece una amenaza seria por su escala, pero no por sus efectos.

>>Recomendamos mantenerse expuestos al sol el menor tiempo posible, y que, a poder ser, se mantengan en casa para no exponerse a los escasos grupos ideológicos violentos que han surgido

El entrevistador agradeció la intervención al científico, y se dispuso a exponer un breve resumen para despedirse.

No sabía qué efecto esperaban despertar con ese discurso. Pero a Juan no le sentó nada bien pensar que había sido infectado por una bacteria capaz de abarcar un rango sin precedentes, y que, además, podía afectar a lo que pensaba.

Su padre debió de pensar algo parecido, porque apagó la tele lentamente. No tenía buen aspecto, cincuenta años no era una edad muy avanzada, pero para una persona como su padre a la que no le gustaba nada navegar por imprevistos, esto le estaba pasando factura. Estaba entrando

en el desagradable estado mezcla de abatimiento y enfado.

—Parece mentira, esos cabrones irresponsables—espetó mirando al mando de la tele—, seguro que tienen algo que ver en todo esto. Se dedican a experimentar con lo más peligroso y raro que encuentran, o que ellos mismos hacen. Luego se les escapa y aún tenemos que agradecerles el descaro de que salgan diciendo que saben qué es.

—Eso o no saben qué es —dijo Juan.

Su padre le miró, sin decir nada, Juan podía intuir que sabía lo que iba a decir. Seguro que prefería quedarse con su teoría.

—Es posible que en realidad no sepan qué es —retomó Juan—, solo ha pasado una hora desde que empezó todo esto. Seguramente el Gobierno les habrá ordenado dar un mensaje tranquilizador, para que la gente pueda apoyarse en la ciencia.

—Pero han dicho que ya saben qué es —objetó su madre—, la gente no es tonta, si no hay resultados dentro de poco, se podrá poner todo incluso peor, y ellos lo saben.

Su padre asintió convencido.

—Claro, la gente no es tonta.

—También es probable que tengan algo, no digo que no—aunque presentía lo contrario—. Y si es verdad lo que dicen, no me extrañaría que papá no ande desencaminado con su teoría conspiranoica.

>>De todas formas, eso que han dicho de la luz del sol es preocupante. Es cierto que me sentí mareado al llegar a casa, aunque no lo recuerdo muy bien. Y, desde luego, Santi lo ha sufrido más que nadie.

Su padre se llevó la mano a la frente, arrugando la cara, como intentando recordar.

—Yo recuerdo encontrarme un poco mal al llegar, entrando al garaje, del resto no recuerdo mucho, la verdad. Pero normalmente ya no me doy ni cuenta del trayecto de casa al trabajo y del trabajo a casa de tantas veces que lo he hecho—dijo intentando quitarle importancia—.

>>No recuerdo nada especial aparte de recoger a Santiago. Creo que no había mucha circulación... sí, estoy seguro.

Santiago se había quedado dormido con la poco armoniosa melodía de tres personas discutiendo sobre qué había puesto patas arriba el mundo

entero.

Le pareció que ese era un buen momento para irse a su habitación a reflexionar, así que les dio un cariñoso beso a sus preocupados padres y salió del salón para volver a su habitación. El perro ya se había dormido, en la misma esquina. Se dejó caer sobre la cama nada más entrar en su habitación. Quedó boca abajo, observado por los protagonistas de las series y los miembros de los grupos que tanto le gustaban, con los que había llenado sus paredes de pósteres.

Sacó el móvil y empezó a buscar, sobre todo por twitter, lo que opinaba la gente de lo que estaba pasando. No se llevó ninguna sorpresa. Como siempre en esa red social, la gente estaba dividida en grupos y discutían por tener la razón, la cual, con toda seguridad, se apartaba lo máximo posible hasta que terminaban.

Básicamente era escoger equipo y ponerse a defender lo que les tocaba.

Lo mejor de esa red social era que si sabías mirar con dos dedos de frente, te podías hacer una idea representativa de lo que pensaba la gente, si es que el conjunto de twitter se podía estimar como un grupo estadístico fiable.

Había gente diciendo que todo estaba perdido, como no; otros incluso llamando a manifestarse por la irresponsabilidad del gobierno, lo cual era estúpido si no estaban dispuestos a llevar todos sombrilla con la solera que hacía, lo que sería bastante cómico; la mayoría llamaba a la calma y aseguraba que todo se arreglaría en un santiamén; los que más preocupaban a Juan eran aquellos que efectivamente decían, a modo religioso, 'arrepentíos' y ese tipo de cosas, eludiendo al principio del fin de los evangelios. Era de lo menos racional que se podía leer entre los comentarios, pero despertaba en Juan el recuerdo de ese momento en el parque, y de cómo fue exactamente eso lo que asaltó su mente, sin estar previamente pensando en nada parecido y siendo para nada religioso como era él.

Aunque, siendo justos, lo que más desconcertó a Juan de todo lo que leyó, fue un tweet de una amiga del instituto, en el que básicamente ponía frases al azar, como las que se ponen cuando te has excedido con el alcohol, pero con menos sentido si cabe. Hubiera sido anecdótico si no hubiera visto un par más del estilo, entre ellos de un actor famoso, que no tardó en hacerse viral. No faltó gente preguntándole, a modo de broma, por el consumo de drogas.

Se quedó dormido alrededor de las dos de la tarde. Era impropio de él, ya que ni siquiera tomaba nunca la siesta.

Fueron seis horas de un sueño profundo, sin ningún prelude onírico antes de despertarse, como un extraño pestañeo. Incluso había dejado un círculo de baba en las sábanas.

Se despertó de un empujón a la cama, con el que se incorporó, confuso. No recordaba la última vez que se hubiera dormido sin quererlo. Miró su flagrante reloj de pared de los Simpson, con Homer sosteniendo las manecillas con la nariz, y la confusión evolucionó para poder abarcar el por qué insólita razón podrían no haberle llamado a comer. Si le llamaban ahora tendría que ser para la cena.

La casa estaba completamente en silencio, salió de su habitación y se dirigió directo al salón. Su madre estaba durmiendo en el sofá, ni rastro de los dos restantes. Fue a la cocina. Si allí se había cocinado algo en las pasadas horas, se habían deshecho de hasta la última prueba. No tuvo que buscar mucho para darse cuenta de que la puerta acristalada del balcón estaba abierta y de que la puerta de la habitación de Santi estaba cerrada, como siempre que él estaba en su interior. Así que se dirigió al balcón esperando que fuera una coincidencia, y que nadie en su familia hubiera sido tan descuidado como para pasar más tiempo del necesario expuesto al sol. Menos en una situación en la que precipitarse al vacío fuera tan accesible.

Efectivamente su padre estaba agarrado, al menos no arrojado, a la baranda del balcón. Salió junto a él a pesar de que apenas había espacio para dos. Estaba absorto en sus pensamientos, mirando hacia la calle con los brazos estirados haciendo una uve inversa, con las manos fuertemente aferradas al pasamanos.

—¿Papá?

Corta pero eficaz, la pregunta funcionó.

—¡Sí! Ehmm... idime hijo! —profirió nerviosamente, enfocando sus ojos con los de su interlocutor.

Le hubiera respondido si le hubiera dejado tiempo para hacerlo. Sin embargo, en un lapso milesimal, casi se pudo ver cómo, una idea, y el recuerdo de lo que había estado haciendo, le asaltaban la mente.

—¡Por el amor de dios, esto es un caos! —dijo señalando a una calle, de la cual lo único pasable como caótico era un cubo de la basura volcado y un nivel de papeles, cartones y suciedad del que era justo decir que no era el habitual.

—Creo que estás exagerando.

—De eso nada, ¿Es que no los has visto? —preguntó haciendo aspavientos con la mano derecha en dirección a la estrecha calle que separaba su edificio del de enfrente. —Esos malnacidos han destrozado la calle, y eso harán con nosotros como sigamos aquí. ¡Recoge tus cosas, nos vamos!, ¡Avisa a tu hermano! —terminó de decir mientras su hijo mayor le miraba, extrañado bajo la luz del ocaso, cómo volvía a entrar en el domicilio.

Este le siguió adentro. Pudo ver cómo despertaba a su madre con un tono y maneras que no se podrían definir como cuidadosas. Sumado a la reacción azarosa e injustificada que estaba teniendo su padre, le hizo poner un límite con sus palabras.

—¿Nos puedes decir a qué viene todo esto? —preguntó en el momento justo para que su, aún somnolienta, madre pudiera procesarlo.

Su padre detuvo su estrepitoso ajetreo y lo miró, enfadado.

—¿Es que tú aún estás durmiendo? ¡Esto es un caos!, acabo de ver a una pandilla de no pocos sinvergüenzas pasar frente a nuestra casa, arramblando con todo lo que se les ponía por delante. Es mejor alejarse de esta locura lo antes posible, nos vamos a la cabaña.

Puede que hubiera juzgado mal el modo de actuar de su padre. Aunque hubiera sido un poco errático, a lo mejor no era mala idea alejarse una temporada por si las cosas iban a peor. Además, se estaba haciendo de noche, era un buen momento si querían apartarse del imprevisible comportamiento de las multitudes.

—Bueno, no es mala idea, aunque deberías serenarte un poco, creo que estás exagerando.

—Vale —hizo una profunda inspiración seguida de su proporcionada expiración, a modo de parodia. —¿Contento?, ahora vete a avisar a tu hermano y preparar tus cosas.

Su madre ya estaba empaquetando todo tipo de comida cuando se decidió a ir a por su hermano. Le encontró recostado en la cama, con los audífonos puestos y el móvil en horizontal, sujeto con las dos manos. Ahora el todavía malhumorado perro se quejaba, aún sin razón aparente, en la esquina de su habitación. Estaba jugando al juego con el que llevaba ya un tiempo enganchado, uno muy popular, de tiros, originariamente para ordenador, ahora con una reciente versión para móvil. Parece ser que, aunque se pausara la vida real, a esos jueguecitos les daba lo mismo.

De seguro su hermano no había oído nada de todo el jaleo que se estaba montando en la casa con sus padres haciendo inventario de todo lo que podrían necesitar. Así que se introdujo en su campo de visión y le hizo un

gesto con el brazo.

Su hermano le sonrió, quitándose los auriculares.

—Madre mía la que se ha liao, yo flipo.

—Sí, es flipante... escucha, papá y mamá están bastante nerviosos y quieren que nos vayamos a la cabaña, así que prepara tus cosas, rápido.

—Vale —dijo dando un giro sobre sí mismo, apoyándose en un costado para incorporarse y ponerse de pie. —Así que todo esto se va a traducir en unas vacaciones adelantadas. No sabes de la que me libro, mañana tenía examen de lengua y no hay quien se estudie ese rollazo.

—Bueno, vale, ahora nos vemos, prepárate bien —dijo al salir de la habitación una vez le vio empezar a sacar sus cosas y meterlas en la maleta.

Ver a su hermano otra vez tan vivaracho y despreocupado como siempre le había resultado tranquilizador. Pero no era momento para relajarse, no quería olvidarse nada que pudiera necesitar.

En apenas veinte minutos ya estaban todos bajando por el ascensor al garaje. Como ya era habitual en los viajes en los que tenían que llevar bastante equipaje, el ascensor tenía que hacer un esfuerzo extra si quería llevar de un solo viaje a toda la familia, con sus respectivas maletas. Pero esta vez era incluso peor, llevaban un buen cargamento de comida, por no hablar del rifle de caza, que su padre llevaba al hombro, y la cajetilla con balas en una mano. Desde luego excedían sobradamente el peso máximo permitido.

El alivio de poder salir de esa lata de sardinas duró poco. Nada más salir y cruzar la esquina del garaje para dirigirse a su coche, las palabras de su padre hicieron eco en todo el garaje.

—¿Pero qué cojones?!

El coche tenía toda la tapicería destrozada. Dejó su equipaje en el suelo y se acercó para estudiar de cerca los desperfectos

—Esto ha sido el grupo de vándalos que pasaron antes, como les encuentre se van a enterar de lo que es el fin de los días —gritó, rojo de ira —imeted vuestras cosas! —les ordenó abriendo el maltrecho maletero.

Se abstuvo de puntualizar que el resto de los coches del garaje estaban bien, por lo que era poco probable que eso fuera obra de ningún grupo de vándalos. Sabía que cuando su padre se ponía así, no atendía a

razones.

Se montó con el rifle en ristre y le siguió el resto de la familia. Subieron la rampa del garaje sin ningún contratiempo, y, de la misma forma, atravesaron la puerta de este.

A Juan le pareció ver algo según salían que le puso los pelos de punta. Pero al ser de noche solo pudo ver de reojo un bulto oscuro, en el mismo sitio donde esta mañana estuvo embobado aquel señor mayor.

No tuvo ni el aplomo ni las ganas de darse la vuelta y comprobarlo. Se estaba volviendo a quedar dormido. El último pensamiento que le pasó por la cabeza fue que no habían comido nada en mucho tiempo, y que desde luego no le apetecía.

Capítulo 2

Había perdido la cuenta de las veces que ese maldito perro había ladrado. No era un viaje largo hasta la cabaña, apenas veinte minutos. Pero ese chucho ya había conseguido ladrar, solo con la mitad del recorrido, un número insoportable de veces.

—¿Puedes callar a ese perro del infierno de una santísima vez? —gritó su padre.

—Tranquilo Bagui, tranquilo... —llevaba ya diciendo su hermano desde que se despertó el perro, gracias a un bache al poco de salir del garaje, hace ya lo que parecían horas—. ¿Crees que si pudiera callarle no lo habría hecho?

Su madre giró la cabeza a los asientos de atrás para ver directamente el origen del escándalo.

—¿Le has dado de comer?

—Sí, mamá —contestó con tono cansino—. Tenía el cuenco lleno antes de irnos, si hubiera querido comer en algún momento del día lo habría hecho. De todas formas, mamá. Bagui no es ningún bebé que se pone a llorar cuando tiene hambre.

Gracias a Dios que a su hermano se le había ocurrido trasladar al dormido Bagui en el transportín. Apenas lo había usado dos veces, pero el nivel de cojines y adornos que lucía era desproporcionado e innecesario, al menos, eso pensaba Juan. De todas formas, el empeño de Santiago por proporcionar un bonito y acolchado transportín a su perro se estaba echando al traste. Cuando Bagui se cansaba de ladrar todo lo cerca de los barrotes que podía y de dar vueltas sobre sí mismo, se ponía a morder los cojines. Dejándolo todo perdido de relleno de cojín.

—Tiene la rabia —aseveró Juan, sabiendo que era casi imposible.

Se arrepintió al ver la cara de su hermano, hubiera preferido no asustarle.

—Vaya, habló el veterinario —se burló Santiago, no muy convencido—. Lo que pasa es que le dan miedo los viajes. Y el pobre se ha despertado en medio de uno, es perfectamente comprensible. Seguro que él lo está pasando peor que nosotros.

Al ver al perro casi se podía sentir la rabia que desbordaba. No lo estaba pasando bien, desde luego. Juan pensó que prefería ser el ladrado antes que el enajenado. Ahí acabó la discusión. No parecía haber

alternativa más que la de sumar los ladridos al sonido ambiente del viaje.

Aparte de eso, el viaje no tuvo más contratiempos.

Se encontraron unos cuantos coches mal dejados por la ciudad, parecían abandonados a su suerte en algunos casos, e incluso uno tirado en la cuneta de la carretera secundaria por la que se llegaba a su apartada cabaña. Entre otras rarezas había que sumar a no poca gente, un par de ellos por calle, tirados por el suelo, en algunos casos con posturas bastante forzadas. La mayoría parecían dormidos, otros simplemente permanecían embobados, mirando al infinito.

Todo el ambiente de caos y desamparo que se había creado, complementado con el discurso de supuesto vandalismo callejero que mantenía su padre, habían creado en Juan unas expectativas que le hicieron ver casi raro el que un camión en llamas no hubiera estado cortando la calle, con un grupo de fanáticos semidesnudos bailando, celebrando la anarquía a su alrededor. Le complacía que al menos la realidad dejara margen como para volver casi de inmediato a la normalidad una vez se arreglara lo que se tuviera que arreglar.

La "cabaña" era la forma que tenían de llamar a la casa que tenían en una zona boscosa de las afueras. Construida principalmente con grandes troncos y piedra, al más puro estilo guardabosques. Estaba rodeada de árboles enormes, algunos formaban parte de la propiedad que pertenecía a su madre desde que les dejó su abuelo Alfonso. La finca, rodeada de una verja un tanto endeble, era suficiente para mantener a raya a los animales no humanos. En ella habían pasado bastantes semanas de retiro los dos últimos veranos. Y como correspondía a los tiempos que corren, se habían encargado de proveerla con un buen televisor y todas las comodidades contemporáneas que se les iban antojando. Mientras su padre se afanaba al senderismo, la pesca y la caza.

Al llegar comprobó, como ya se figuraba, que seguía sin acostumbrarse a las cabezas de animales que adornaban la pared. Eran la única ornamentación de la sala principal, a la que se accedía nada más entrar, más allá del sofá y los dos sillones cubiertos de pieles de animal, dispuestos frente al televisor, imitando a los del salón de casa.

Dos muebles: una mesa de madera de roble muy desgastada por el uso, y un pequeño armario. Junto con las camas de las dos habitaciones, eran los únicos mobiliarios que poblaban la austera morada.

Bagui no había dejado de ladrar. Parecía querer comprobar cuánto tardaría en quedarse ronco. Su hermano se disponía a soltarlo en medio del salón.

—Uh, Eh, cuidado... —mascullaba Santiago intentando desenganchar la manecilla que mantenía preso a su enfadado amigo. Aunque este no le estuviera ayudando.

Salió despedido a la esquina del salón. Dejó de ladrar, sustituyéndolo por el constante gruñido que Juan recordaba de cuando se puso a rumiarlo en su cuarto.

—¿Veis?, ya está, exagerados. No le gustan los coches, eso es lo que pasa. En un rato estará tan amigable como siempre. ¡Me pido abajo!
—dijo corriendo a la habitación que les correspondía a él y a Juan.

Dormían en una litera. Y no es que Santi quisiera llevar la contraria a toda la gente inmadura que se peleaba por dormir en la parte superior de las literas. Es más, proclamó para sí ese sitio la primera vez que durmieron allí. Lo que ocurría es que a la mañana siguiente el pobre estaba durmiendo en el sofá, no se dio cuenta en su momento de que la habitación tenía una ventana no muy bien sellada, estirada en horizontal en la parte superior de la pared.

Sí que se colaba bastante frío. Pero a Juan le gustaba cubrirse con un buen número de mantas de gruesa piel animal, que no faltaban en aquel lugar, y abrigarse hasta encontrar la temperatura deseada, aún notando la constante brisa que se afanaba por helarlo, sin permitirselo.

Se notaba la cara de cansancio de sus padres. Nada más entrar se pusieron frenéticos a colocar en su sitio todo lo que correspondía. Silenciosos durante todo el proceso, se despidieron con un seco <<buenas noches>> al entrar en su habitación, justo antes de cerrarla.

Juan también estaba muy cansado. Así que cogió un buen puñado de mantas y subió con ellas a la litera. Se puso la mayoría a los pies para ir administrándoselas según las fuera necesitando. Un sueño profundo y casi inmediato se apoderó de él.

Se despertó con la alarma del móvil, avisándole de que tenía que prepararse para asistir a la facultad. Le costó darse cuenta de dónde estaba y de que, dadas las circunstancias, no se le requería en ningún sitio.

Intentó dormirse otra vez porque aún se notaba cansado, pero lo único que consiguió fue un duermevela poco agradable por las incómodas incógnitas que hormigueaban en su cabeza.

Se decidió a levantarse cuando faltaban escasos minutos para las

diez. Su hermano todavía seguía durmiendo.

El salón estaba bien iluminado. Sus padres, sentados en los sillones, veían la tele con un rictus de tensión en el rostro. Su padre además llevaba la escopeta todavía al hombro, no recordaba que se al hubiera descolgado ni una sola vez desde que salieran de casa.

No se podía creer lo que estaban viendo. La Sagrada Familia estaba ardiendo profusamente, con una intensidad tremenda, cubriendo de tal manera la catedral que Juan solo la pudo distinguir una vez leyó el título de la noticia.

Se quedó pasmado con el espectáculo durante no menos de un minuto. Cuando iba a expresar su desconcierto con palabras, después de ver cómo la mayor parte de la estructura del edificio colapsaba, salió un joven presentador con cara de circunstancias para ampliar la información.

—Lo que han visto era La Sagrada Familia de Barcelona. Pero el escalado de noticias catastróficas no acaba ahí. La basílica de Gaudí no es la única afectada. Hasta el último edificio religioso alrededor del globo está sufriendo esta, hasta el momento, inexplicable combustión— imágenes esquinadas iban apareciendo: del Vaticano, La Meca, Notre Dame, La Catedral de Milán, El Cristo Redentor...—. Además, nos informan de que todo tipo de objetos religiosos también están sufriendo este suceso. Ha habido, incluso, avisos de gente que asegura haber visto cómo religiosos desaparecían consumidos por estas llamas. Hasta el momento no hay conclusiones seguras sobre cuál puede ser el origen de este suceso, les mantendremos informados.

Se dio cuenta en ese momento de que lo que estaban viendo era un canal de humor que Juan solía ver. Al terminar de hablar el presentador, lo sustituyeron los carismáticos protagonistas de Friends para seguir haciendo de las suyas.

—Pero... —fue lo que le salió decir a Juan.

Su madre fue la única que se giró para verle. Su padre parecía aún no haber notado su presencia. Ella se levantó y fue lentamente hacia él para abrazarle.

—Dios mío por favor, ten piedad de ellos, por favor...— rezaba su madre con un susurro lastimero.

El torrente de sentimientos de incredulidad y desamparo que brotaron en Juan le abatieron mentalmente. Nada tenía sentido, aparte del que no podía tener. Nadie en su familia, y menos su madre, había dedicado ni tiempo ni fe a nada relacionado con lo religioso. Pero eso era demasiado,

aún no se lo podía creer.

Pasmado como estaba, ayudó a su delirante madre a volver al sillón. Al poco se quedó dormida, sin dejar en ningún momento de insistir a Dios con sus plegarias.

Santiago salió de su habitación con una sonrisa. En su estado emocional actual, Juan solo fue capaz de seguirle tímidamente, sin decirle nada, mientras él se dirigía decidido y ajeno a todo hacia la cocina.

—Bueno bueno. Vamos a ver si el gruñón de Bagui quiere firmar una tregua a cambio de un buen desayuno —dijo sacando la bolsa de comida de perro. Acto seguido metió el cuenco de Bagui en la bolsa y lo saco lleno de comida perruna—. ¡Anda, habéis hecho huevos!, qué pena que tenga el estómago raro últimamente.

En la única mesa de la sala reposaba un generoso plato cubierto de una homogénea capa de huevos, dejando en evidencia la falta de interés que la familia había tenido en ellos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Juan al darse cuenta de que seguía sin tener hambre.

Se sentía expuesto a demasiadas cosas que habían dejado de ser como deberían. Sentía miedo.

—Mira Bagui, mira lo que te he traído —acariciaba al perro durmiente con la mano derecha, a su vez utilizaba la otra para ofrecerle el cuenco de comida.

No le costó mucho despertarle, un par de zarandeos de cuenco y ya estaba empezando a pestañear.

Pudieron disfrutar de un perro tranquilo hasta pasados dos pestañeos. En ese instante pareció darse cuenta de algo, de una razón que no podía compartir con los humanos, pero que le hizo enloquecer e ir corriendo hacia la puerta, arañándola, como intentando escapar. Comportamiento que lo acompañó con unos convulsivos ladridos que habían logrado incluso subir de tono con respecto a la sesión anterior, evidenciando esta vez cierto grado de afonía.

Juan no estaba impresionado. Sin embargo, Santiago lucía preocupación en el rostro, mezclada con indignación. Se irguió para poder ver a su perro intentando escapar por la puerta.

—Madre mía, es cierto que tiene la rabia. Hay que llevarlo al veterinario.

Más que por voluntad propia, Juan contestó llevado por su subconsciente, que todavía tenía en cuenta ciertos conocimientos que no

podía evitar compartir, impulsado por la inercia del momento.

—Te lo dije de broma, yo mismo llevé a vacunarle de eso.

—¿Entonces? —exigió saber Santiago.

—No lo sé, pero en el improbable caso de que tenga rabia lo único que hará el veterinario será sacrificarle. ¿Lo sabes no?

—Ya, pues será otra cosa, claro —dijo nervioso, mirando al perro—. Pero habrá que llevarlo para ver qué le pasa. A lo mejor quiere pasear.

Santiago volvió a recoger el cuenco de comida y ahora se lo estaba acercando, poco a poco, arrastrándolo por el suelo de madera.

—¿O quieres conocer amigas Bagui, es eso? —preguntó al perro según se iba acercando a él — Claro, ¿Está en esa edad, no es así? —preguntó, pero esta vez mirando a Juan.

Según se giró para hacer esa pregunta, su querido perro mordió a su antes idolatrado amo en la mano, con la que este pretendía tranquilizarle. Dio un afeminado grito y la retiró inmediatamente, levantando al pequeño perro un palmo del suelo antes de poder liberarla.

El malhechor siguió con lo suyo, intentando derribar la puerta a zarpazos, como si nada hubiera pasado. Mientras Santiago, atónito, rodeaba la mano herida con la sana. Del susto se precipitó hacia atrás y ahora yacía sentado en el suelo.

Todo pasaba sin que Juan lo considerara real. Estaba mareado y las cosas ocurrían como si le pasaran a un personaje que llevara en un videojuego.

Su hermano se puso de rodillas, aun gimiendo, con lágrimas en los ojos.

—Joder, esto sí que no Bagui —dijo con voz quebrada, acercándose al perro. Esta vez notó que se acercaba y dio velozmente la espalda a la pared, para poder ponerse a ladrar directamente a Santiago, dando un bote por ladrado.

Su intención era cogerlo con cuidado de la correa, como tantas veces había hecho sin que ofreciera resistencia. Se encontraban a medio metro cuando Bagui decidió saltar hacia su dueño con malas intenciones.

Se oyó un atronador disparo, sentenciando que esa sería la última decisión del perro. La conmoción que provocó el ruido y la vibración del tiro despertó a Juan del trance en el que se encontraba. Así pudo ser

consciente de la espantosa escena. La bala le había atravesado la caja torácica, y lo estaba llenando todo de sangre. Santiago gritaba, histérico, mirando fijamente el cadáver de la destrozada mascota. Con las manos temblando, extendidas encima del perro, sin atreverse a posarlas sobre él.

Su padre sostenía todavía, medio erguida, la escopeta de caza con la que había matado a Bagui. Juan pudo ver cómo al poco se volvía a sentar sin todavía haber recibido ninguna reprimenda.

Hubiera apostado a que se había levantado, había disparado y se había vuelto a sentar, todo con la misma expresión boba y vacía en el rostro.

Juan lo vio claro en ese momento. Ni él ni nadie en esa casa, aparte del único que acababa de salir de una habitación resguardada de la luz, era capaz de usar su cabeza con normalidad. << ¿Cómo hemos sido tan idiotas?>>. Pensó Juan, dirigiéndose al primero de los tres ventanales que iluminaban la sala.

Corrió las cortinas del primer ventanal con un único y rabioso movimiento. Así lo hizo también con el segundo, pero de camino al tercero tuvo que esquivar a Santiago, que se dirigía a su padre, decidido. Dio preferencia a terminar de correr las últimas cortinas. Terminada la tarea no quedaba mucha luz, pero la suficiente como para ver a su hermano zarandear a su padre por los hombros, mientras le gritaba.

—¿Estás loco, desgraciado? ¿Me oyes siquiera? ¡Escúchame, capullo!

Santiago había perdido los papeles. Y su padre, que aún parecía en otro mundo, sostenía el rifle firmemente con las dos manos, haciendo con él una barrera nada segura entre los dos cuerpos. A Juan no le estaba gustando nada ver aquello.

Siendo el único consciente del peligro de la situación, fue corriendo a separarles. Agarró a su hermano por detrás, levantándole, metió sus brazos por la zona axilar y utilizó sus hombros para alejarlo rápidamente, lo máximo posible, antes de que sus pataletas llegaran a dolerle de verdad.

—Tranquilízate, joder. No ves que tu padre lo está pasando mal. No ves lo mal que está todo. Piénsalo bien. Ese no es papá. —Le susurró cerca del oído mientras le dejaba sentado en el suelo, haciendo presión con su cuerpo para que el de su hermano no se levantara y continuara la trifulca.

Una vez su hermano dejó de intentar liberarse rompió a llorar. Juan se irguió y fue hacia su padre. Todavía sostenía el rifle de la misma forma.

En realidad, la única diferencia de su postura con respecto a la que mantenía en la violenta escena anterior era que ahora tenía la espalda apoyada en el respaldo del sillón. Eso sí, manteniendo la misma cara congestionada de ojos vacíos, como los de un pez.

No pudo más, intento arrancarle la escopeta. Fue incapaz. La tenía muy bien agarrada, además de que la llevaba con una correa atada al hombro. Cambió de táctica, la empujó contra su padre hasta que la tuvo pegada al sillón, recta y sujeta con una sola mano. Eliminando así el peligro de que pudiera dispararse y que todos lo lamentaran.

Respiró profundamente preparándose mentalmente para lo que iba a hacer.

Cogió una buena distancia con la mano a la cara de su padre y, acto seguido, le propinó un tortazo que sonó, llenándolo todo, evocando en Juan el reciente recuerdo de la última vez que en esa casa había sonado algo de manera incluso más estruendosa.

El impacto provocó la reacción deseada, o al menos que su padre volviera en sí. Tardó unos segundos, en los que se fue llevando lentamente la mano izquierda al abofeteado carrillo.

—¿Juan? —preguntó en un tono nada amigable, con la cara roja. Sus ojos estaban recuperando la cordura y haciéndose a la oscuridad al mismo tiempo, escudriñando en dirección a Juan. Se levantó —. ¿Me has pegado un tortazo?

En ese momento también se hizo consciente de los lamentos de Santiago. Se dio la vuelta y allí estaba él, a poca distancia de su víctima perruna. Empezó a mascullar, confundido.

Superado por la multitud de causas inconexas que hacían cola por atormentarle. Se quedó paralizado.

—Explicadme qué está pasando —imploró. Empleando un burdo tono autoritario.